



► 13 Marzo, 2016

# UNA LEYENDA VIVA DEL FLAMENCO

Antonio Fernández Díaz 'Fosforito' repasa desde su casa en los Percheles de Málaga una biografía plagada de éxitos como una de las figuras más importantes de la historia del arte jondo. V Llave de Oro del Cante, la lista de reconocimientos que atesora sólo es comparable a la grandeza de su afición, sus conocimientos sobre este arte y la humildad con la que lo recorre



LORENA CODES



FOTOS: SUR

La vida de Antonio Fernández Díaz 'Fosforito' es una de esas a las que un periodista no necesita ponerle adornos. La literatura y la imaginación se pueden aparcar a la escucha de una biografía que si se contara negro sobre blanco parecería novelada. El Niño Fosforito (heredó el nombre de su padre) nació en una casa de vecinos de Puente Genil un ratito antes de que empezara la «guerra incivil», en el 1932: «Me tocó vivir un tiempo fatal, desolador». Sus palabras tranquilas, casi sordas, suenan a las de un padre que se dispone a contar un cuento a sus hijos antes de dormir. Como si la historia de lucha y superación no fuera con él, con una serenidad reservada sólo a los que han mirado a la vida a los ojos.

Lo hace desde su hogar en los Percheles de Málaga, el lugar en el

que ha escogido vivir «a corazón partido». «Pepe Pinto cantaba 'tengo entre dos amores, mi corazón dividido' y así me siento yo, entre mi querida Puente Genil y esta tierra que me ha acogido como suyo», afirma. En la casa de Antonio Fernández Díaz se impone la discreción, como en su vida. Ninguna de sus paredes vocifera trofeos y eso que ha recibido los más grandes honores que puedan otorgarse a un cantaor flamenco. V Llave de Oro del Cante, Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes 2007, Medalla de Oro de Andalucía 2006, Hijo adoptivo de cada ciudad que lo ha tenido como vecino, académico en varios claustros y así hasta llenar tres páginas como ésta. No se detiene Fosforito en enumerar sus méritos, sino en defender el arte y ahondar en su conocimiento. En su despacho sólo quedan libros marcados con notas y

hojas manuscritas con decenas de referencias históricas sobre flamenco. Las estanterías de su biblioteca se han quedado vacías porque todo lo ha cedido a los dos museos que lo homenajean, el Centro Flamenco Fosforito Posada del Potro en Córdoba capital y el futuro Museo de Fosforito, que seguramente abrirá sus puertas este mismo año en Puente Genil.

Quién le iba a decir a aquel niño que con ocho o nueve años cantaba de taberna en taberna por cuatro perras gordas de cobre, que a sus ochenta y tantos la ciudad que lo vio nacer, tierra de juglares y poetas, lo honraría con los más grandes honores. Y es que ni la edad ni la gloria han mermado la memoria ni la humildad de uno de los pocos cantaores que ha contentado por igual a payos y gitanos. Hay cantaores que saben cantar y otros que sa-

ben lo que cantan. Fosforito es una enciclopedia del cante no porque haya ido a una academia o haya estudiado a los más grandes, sino porque aprendió en la mejor escuela, la de la necesidad. «Aprender de viva voz te predispone a la creación porque queriendo recordar para repetir nace algo nuevo», explica.

En la época del odio fratricida, en la que una nota por encima de otra te podía parar el corazón de un navajazo, cuando el dibujo de un cantaor con un candado en la boca ilustraba la mala fama que había adquirido el cante, Fosforito se recorrió media Andalucía en busca de escenarios de todos los colores. El casino, la fiesta después del trato en la feria de ganado, el ratito tras la película en el cine local que se anunciaba con tiza en un cartel de la plaza del pueblo, las ventas allá por los exilios de la ciudad. El tono concien-

liador de su voz se apaga un poco más en este trance pero vuelve pronto a la anécdota, demasiado consciente de que la vida pasa de la seguiriya a las cantinas sin que uno pueda hacer otra cosa que seguir bailando.

El sigue sacando fotografías y afiches que guarda como tesoros, mientras recuerda que en 1946 pisó por primera vez Málaga. Se alojó en una pensión de la calle Santa María, «pensión completa por 14 pesetas», apunta. Debajo, en el bar Central conoció a Adolfo el Cuchillero, al Niño de Cártama, Pepe de Álora y otros tantos cantaores de aquí. Entonces las ventas de Ciudad Jardín, Las Terrazas, La Silla Eléctrica, Casa Nieto y otras se encendían cada noche al calor de su garganta. Una carta le cambió el escenario, tuvo que trasladarse a Cádiz para hacer el servicio militar: «Todavía recuerdo



2



3



5



4



6



7

cuando me raparon, me miraba al espejo y no me reconocía sin pelo».

Sin embargo, su arte le abrió las puertas del paraíso. Le cantaba a la mujer del capitán y pronto tuvo permiso para salir de noche a las ventas y al tablao El Trocadero. Y fue así como el compás gaditano se sumó a su larga lista de virtudes como cantaor, desde la raíz. Al poco lo contrató el Circo Colombia para ir por toda Andalucía, un espectáculo con el que se dejó media voz y por poco la vida, porque al circo lo arrastró una riada. Tuvo que volver entonces a Puente Genil con los bolsillos y la garganta vacíos. «Por eso presumo de pueblo, porque han sabido estar siempre, en aquella época el alcalde me compró una guitarra y me dijo si no puedes cantar aprenda a tocar la guitarra», relata, mientras saca la suya y le arranca unos cuantos acordes. Tocando para otros la voz volvió la voz a su sitio, cuando se le apareció el cartel del Concurso Nacional de Cante de 1956. Hacía falta el dinero y se apuntó en todas las secciones del certamen, algo excepcional. Sin estar pleno de facultades arrasó en todos los cantes. Esa fue la puerta a una carrera brillante, tal y como muestra el artículo enmarcado con el recuerdo de aquel momento que luce en el pasillo de su casa.

Después vendrían el Corral de la Morería, en Madrid, y sus giras por Latinoamérica, EEUU, Oriente... por todo el planeta. Y la lluvia de reconocimientos, que no ha cesado. No sólo como cantaor y conocedor como pocos de la historia y los estilos del flamenco, sino como impulsor de la carrera de otros. No en vano fue quien, junto con el padre de Paco de Lucía, ideó el primer disco de Camarón de la Isla, quien durante muchos años acompañó al joven niño de La Lucía. Instructor de otros muchos, su honestidad no necesita fe, se refleja en las cientos de fotografías que atesora, en las que ejerce de maestro de tantos y tantos nombres grandes del flamenco.

En el año 1973 adquirió un terreno en Alhaurín de la Torre y decidió trasladar su residencia de Madrid a la Costa del Sol y más tarde a Málaga capital. Una decisión de la que se siente feliz a sus 84 años. Ahora su vida transcurre entre Puente Genil y Málaga, entre sus investigaciones y conferencias, y sus ratitos de deporte y en la cocina de su hogar, donde dice sentirse muy a gusto. Cuatro hijos y una mujer que ha sido y es, como dicen los flamencos, su compañera. Un maestro del cante y de la vida también, que ha demostrado que con sacrificio y humildad uno aprende a triunfar en todos los palos.

1. El maestro en el salón de su casa. 2. Fosforito muestra el recuerdo del Concurso Nacional de Cante de 1956. 3. Recuerdos y afiches en su despacho. 4. Salón. 5. En el recibidor. 6. Rincon de recuerdos, con la foto en la que el Rey Felipe le entrega la Medalla al Mérito en las Bellas Artes. 7. Junto a la fotografía con la V Llave de Oro del Cante. :: FOTOS: SUR